



LA TORRE
DE SAN FERNANDO

Roberto Castillo

LA TORRE
DE SAN FERNANDO



Primera edición: febrero 2024

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Roberto Castillo

© Diseño de cubierta: David Marín Gago



@DAVID.MARINGAGO

ISBN: 978-84-10082-80-9

ISBN digital: 978-84-10082-81-6

Depósito legal: M-3980-2024

Editorial Adarve

c/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi madre, con todo mi amor.
Siempre te llevaré en mi corazón allá donde vaya.
Sé que me estás cuidando desde el cielo.
Te quiero mucho.*

INTRODUCCIÓN

Desde que yo recuerdo, la lectura me ha apasionado siempre, hasta el punto de que frecuentemente mi madre me regañaba porque tenía la desagradable costumbre de comer con algo para leer encima de la mesa. De hecho, creo que aún conservo algún tebeo con restos de manchas de tinta de calamar. Qué guarrada, ¿verdad? Menos mal que esa costumbre se me quitó con el tiempo.

De los tebeos de Mortadelo y Filemón, Zipi y Zape y los Don Mikis de Montena, pasé a lecturas más maduras y así descubrí a Alejandro Dumas o Julio Verne, y, más tarde, a las novelas de género negro o policíaco, gracias a una colección de bolsillo que mi padre guardaba en nuestra casa del pueblo. Recuerdo un montón de tardes de verano leyendo a James M. Cain, Robert Bloch, Nicholas Blake, James Hadley Chase o David Goodis, lecturas estivales que alternaba con las obras clásicas que leía durante el curso escolar y que después he ido releendo (algunas, claro) con cariño.

Gracias al cine, otra de mis grandes pasiones, empecé a interesarme por la literatura de terror, ya que este, junto

a la comedia, es mi género cinematográfico predilecto, y así fue como un día, por casualidad, en una fiesta de cumpleaños en casa de mi tío, vi en una estantería *Cementerio de animales* de Stephen King. Se lo pedí prestado a mis primas para leérmelo durante mis vacaciones de verano y, cuando volví a casa, me lo compré. Ese título fue tan solo el primero de una extensa colección de King que he ido reuniendo con el transcurso de los años. Me fascinó cómo el autor de Maine creaba obras de terror a partir de situaciones de la vida cotidiana, cosas que nos pueden pasar a cualquiera de nosotros, pero añadiendo un componente sobrenatural, y me pregunté si sería posible ambientar en España un relato de esas características.

Así, me fue atrayendo cada vez más la idea de escribir algo yo mismo. De crear unos personajes y escenarios que fuesen propios, y no nacidos de la mente de otros. Y aquí está el resultado: un modesto relato, con aspiraciones de novela, que, en un principio, trataba de homenajear a King, pero que, poco a poco, ha ido tomando su propio rumbo, introduciendo diversos elementos de otros géneros.

Los personajes y algunos elementos de la historia, como la empresa Lambda Segur (seguro que, si yo fuese estadounidense, le hubiese puesto ese nombre a una hermandad universitaria, pero estamos en España y aquí es una compañía de Seguros), son, naturalmente, totalmente inventados, así como el pueblo de Fontanar de Santiago y el hotel Los Infantes en Toledo. Son totalmente reales, sin embargo, los municipios de Castellar de

Santiago, San Agustín de Guadalix, Almuradiel y ¿quién no conoce Valdepeñas?

Por último, y no por ello lo menos importante, los agradecimientos y dedicatorias:

Naturalmente, a mi madre, Angelines, que me animó a dar el paso de escribir algo yo mismo, y a la que contagié mi afición por Stephen King (espero que esta historia te guste, mamá, aunque sé que habrá partes que te parecerán un poco fuertes. Créeme: me ha dado pudor escribirlas sabiendo que ibas a leerlas, pero el relato tiene que tener un estilo verosímil), y a mi padre, Roberto, que la empezó a leer y falleció antes de verla terminada. Gracias a los dos por proporcionarme tanto material de lectura y por enfadaros lo justo cuando me ponía a leer mientras comía, por esos Don Mikis semanales y por todos los libros que había en casa.

También a cuatro grandes amigos que leyeron los primeros capítulos e hicieron críticas muy constructivas a los mismos:

A Antonio, que, en diversos momentos en que sabía que tenía muy parado el libro, me daba un empujón para que lo terminase (ya lo tengo, Antonio, y lo siento: sé que no te gustó el nombre del perro cuando leíste los primeros capítulos, pero es un pequeño homenaje a un animalito inteligente y noble, a quien tuve mucho cariño y me niego a cambiarlo); a David, que con sus impresionantes dotes para el dibujo ha realizado la magnífica portada de este relato, y con quien tengo pendiente un trabajo a medias que, si sale como nosotros queremos, va

a ser una auténtica pasada; a Miguel Ángel, que, aunque no sea tan aficionado como yo al terror, lo es (y mucho) a la lectura, y a Cristina, pequeña de estatura pero gigante de corazón. Gracias por estar siempre ahí, chicos.

Y a Isabel Trancón, mi profesora de Literatura de bachillerato, y mi tutora durante el Curso de Aptitud Pedagógica, que nos mostró que leer no es una obligación sino un placer.

Y, finalmente, quiero dejar para el final una dedicatoria muy especial, una promesa que hice en su momento y que, ahora que la historia está terminada, por fin puedo cumplir.

Quiero dedicar este relato, con cariño, a alguien que, desde el primer momento, me animó a que siguiera adelante con esta aventura, que comenzó a leerlo y le entusiasmó, que me preguntaba frecuentemente: «Rober, ¿cuándo vas a pasarme más capítulos?», y que, por culpa de la maldita carretera, ya no está con nosotros.

Para ti, Álex. Te echo de menos, amigo.

I

EL VIEJO CASERÓN

CAPÍTULO 1

La mañana era calurosa para ser aún principios del mes de abril. A pesar de estar en plena Semana Santa, la ciudad estaba pletórica de actividad. Muchos habían abandonado Madrid desde el Domingo de Ramos para tomarse la semana entera de descanso, pero muchos otros permanecían en la ciudad en espera del ansiado jueves. Eran ya las once, y el paseo de la Castellana era en ese momento un hervidero de coches, autobuses y camiones, todos ellos compitiendo para ver qué claxon sonaba más alto.

De camino a su oficina en el piso noveno de la Torre Picasso, Jaime Romero unió su pitido al de los demás vehículos. El tráfico siempre le desquiciaba, pero ese día estaba especialmente nervioso. Aprovechó un semáforo en rojo para manipular la radio. Las noticias sobre los planes de la DGT para la próxima operación salida le agobiaban aún más de lo que estaba. Buscó una emisora que transmitiera algo de música, en un intento por apaciguarse un poco antes de afrontar la frenética jornada que le esperaba. Sintetizó Rock FM, que en esos momentos

reproducía el tema *Viva la vida* de Coldplay, uno de sus favoritos, y se animó al instante. Esa canción siempre le daba energía y la sensación de que podía comerse el mundo, y ese sentimiento era justo lo que necesitaba en ese momento. Esa mañana tenía una importante reunión de la que debía salir victorioso. De hecho, llevaba más de un mes preparando el dossier que había de presentar al presidente y, a continuación, exponer en la reunión frente a la junta de accionistas. Su licenciatura en Empresariales unida a un máster en Estados Unidos y a siete años de durísimo trabajo le habían permitido alcanzar el cargo de jefe de departamento en Lambda Segur, S. A., una de las empresas de seguros más sólida del momento. Claro que eso le había supuesto renunciar a algunas cosas, como disfrutar más a fondo de su vida familiar. Llevaba seis años casado, y tanto él como Elena, su mujer, deseaban tener hijos, pero, de momento, eso no había sido posible a causa del estrés continuo y de la cantidad de tiempo que pasaba fuera de casa, viajando de un lado a otro en representación de la compañía.

A las once y cuarto, Jaime entró en el *parking*. Como de costumbre a esa hora, no había sitio. Salió de nuevo y callejeó durante al menos otros veinte minutos hasta que encontró un hueco. Algo justo, pero consiguió aparcar. Salió a toda prisa y casi tiró al suelo a un par de transeúntes. La reunión era a las once y cuarenta. Le quedaban apenas cinco minutos para llegar a tiempo a la sala de juntas, y aún tenía que recoger el portátil de su despacho. Además del dossier, había una presentación en Power-

Point que tenía que mostrar. Unas gráficas que mostraban el importante ascenso en contrataciones de una nueva póliza que la empresa estaba lanzando al mercado.

Mientras subía en el ascensor, se preguntaba si había valido la pena trabajar tanto para llevar ese tipo de vida. Tenía treinta y ocho años y había alcanzado el éxito profesional, pero añoraba otra existencia más tranquila, como la de su tío Camilo. Camilo Romero tenía un terreno con olivos en la provincia de Ciudad Real, en un pequeño municipio lindando con Jaén llamado Fontanar de Santiago. Era el único de la familia que había permanecido en el pueblo y necesitaba más bien poco para vivir, pues se había quedado soltero y, entre el dinero de las aceitunas y lo que cobraba por mostrar la vieja mansión familiar a los turistas, tenía dinero más que de sobra para cubrir todas sus necesidades y caprichos.

El viejo caserón era un palacete de estilo renacentista que había pertenecido a la familia desde tiempos inmemoriales. Antaño, los Romero habían sido una familia amplia y muy pudiente, ya que eran propietarios de miles de hectáreas de olivares. Pero, con el paso de los años, los terrenos se habían ido subdividiendo y, posteriormente, se habían vendido. Esto se debió a que a nadie de la familia parecía interesarle el caserón y, además, existía una cláusula testamentaria que exigía que este debía siempre legarse a un único heredero en lugar de establecer copropiedades. Por eso, Camilo Romero había logrado conservar tan solo la propiedad de unos pocos olivares. También administraba las tierras del propio Jaime, y vendía

ambas cosechas de aceitunas a la cooperativa del pueblo. La parte correspondiente a las tierras de Jaime, que cubrían bastante más superficie que las suyas, la ingresaba anualmente en una cuenta a nombre de su sobrino en la Caja Rural. Jaime no había recurrido nunca a ese dinero, ya que no lo necesitaba. La cuenta iba engordando y la intención de Jaime era ponerla a nombre de sus hijos, cuando los tuviese.

Si bien las tierras eran un simple negocio, la casona le proporcionaba amplia diversión a Camilo. Era un bello edificio que databa de 1548 y cuya fachada tenía un estilo muy parecido a la Real Chancillería de Granada, que había sido construida dieciocho años antes; así que, después de haber obtenido los permisos necesarios por parte del ayuntamiento, Camilo comenzó a explotarla como lugar turístico, y se divertía contando historias de fantasmas y aparecidos a los visitantes, añadiendo a sus relatos toques con un cierto tinte erótico, el suficiente para no herir sensibilidades. De este modo, además de los ingresos oficiales que percibía como propietario del edificio, se embolsaba unas jugosas propinas de los turistas gracias a sus amenas charlas durante los recorridos.

Hacía ya varios años que Jaime no visitaba a su tío, y la verdad es que rara vez pensaba en él y en el viejo palacete de los Romero tan vívidamente como ahora. Tal vez fuese la sobrecarga de trabajo, que lo tenía un tanto estresado, o simplemente un repentino ataque de añoranza, pero se vio invadido por un repentino deseo de dejar por una larga temporada todos sus problemas en Madrid,

pedir a Elena que hiciese las maletas y hacer una visita a Camilo. De hecho, tal vez lo hiciese esa misma noche. Le plantearía la cuestión a Elena después de cenar. Ella se negaría al principio, por supuesto, pero, después, cuando lo hubiese consultado con la almohada, seguro que aceptaría.

Sus pensamientos se vieron súbitamente interrumpidos al entrar en la sala de juntas. En ese momento, cuando se encontró a la junta directiva en pleno, su cerebro comenzó a ordenar mentalmente todos los puntos que había de tratar durante su exposición.

Tres horas más tarde, una vez que los accionistas se hubieron marchado a comer, don Gregorio, el presidente —«Ese pomposo hijo de puta», según pensaba Jaime con frecuencia—, se acercó a él y le dio dos toques en el hombro. Jaime se acordó de Napoleón, su labrador negro, y de las palmadas en el lomo que le daba a modo de saludo cuando llegaba a casa. Normalmente, no rechazaba el contacto físico, incluso lo buscaba porque lo consideraba una señal de afecto. Saludaba a sus amigos y familiares con un beso y un abrazo, y solía poner la mano en el hombro a los demás cuando hablaba con ellos, pero, sin embargo, no soportaba que la gente que no le agradaba lo tocara, y ese era el caso de su jefe. El presidente pronunció lo más cercano a una felicitación que alguien tan engreído como ese individuo era capaz de formular.

—¡Estupendo, Romero! Creo que los hemos dejado impresionados. Dentro de seis meses, el resto de aseguradoras van a pegarse por tener una póliza así.

«Les hemos», ¿dice el tío! Como si él hubiese abierto su boca para otra cosa que para bostezar» pensó Jaime. Pero se limitó a sonreír por un colmillo y responder lo más impersonalmente que pudo.

—Sí. Ha sido un gran esfuerzo, pero ha merecido la pena. Me va a disculpar, pero tengo que hacer un par de llamadas urgentes. Estaré en mi despacho si me necesita.

—Bueno, hágalas y después váyase a casa. Tómese la tarde libre. No creo que haya nada que no pueda esperar hasta mañana.

—Gracias. Que tenga una buena tarde. —Jaime trató de sonar lo más neutro posible, frío y educado a la vez, pero notaba como su incomodidad iba en aumento. Realmente no soportaba a ese tipo. Le había dado la tarde libre con la misma condescendencia con la que un capataz de una plantación de algodón le hubiera perdonado cien latigazos a un esclavo. No aguantaba a ese personaje gordo y presuntuoso que se paseaba por el edificio sin hacer nada, y tratando al personal como si fuese su servidumbre. En tiempos, antes de que el Gobierno prohibiese fumar en lugares de trabajo, iba dejando tras de sí el repugnante aroma de un Cohiba. Naturalmente, en su despacho tenía una caja de estos puros bien a la vista, junto a una botella de *whisky*, Chivas, por supuesto, como señal de ostentación.

«Definitivamente, hoy hablo con Elena. Estoy harto de todo esto. A ver si nos largamos un tiempo y pierdo de vista a este trozo de carne con ojos».

Jaime hizo ademán de salir hacia el aparcamiento, pero decidió, no obstante, subir a su despacho y hacer

ese par de llamadas que le había mencionado al presidente. Cuando llegó, su secretaria estaba esperándolo con aire intranquilo.

—Jaime, ¡menos mal! Te estaba llamando al móvil, pero lo tienes apagado. Tu mujer está tratando de localizarte desde hace por lo menos dos horas. Le he dicho que estabas en una reunión, pero me ha dicho que la llames en cuanto puedas, que es muy urgente.

—Gracias, Eva. Lo tenía apagado para que no sonase en mitad de la exposición y se me había olvidado encenderlo. Ahora la llamo.

Jaime entró en su despacho y marcó el número de su mujer. Era raro que Elena lo llamase sabiendo que tenía una reunión, así que algo grave tenía que haber pasado.

—¡Elena! ¿Pasa algo? Eva me ha dicho que habías llamado varias veces.

—Sí, cariño. No te preocupes, yo estoy bien, pero es que esta mañana han llamado del pueblo. Hay una noticia muy mala, Jaime. El tío Camilo ha muerto.

—¿Cuándo? ¿Qué ha pasado?

—Lo han encontrado esta mañana. Tenía una cita con los de la almazara y no ha aparecido. Tampoco ha abierto la casona, y siendo Semana Santa es cuando más turistas hay. Así que un vecino que tiene llaves de su casa ha entrado y lo ha encontrado muerto en el suelo de la cocina. Creen que ha sido un infarto.

Jaime tardó algo en reaccionar. Hacía ya tiempo que no veía a su tío, aunque, de todos sus parientes, era el que tenía más relación con él. De pequeño, había sido un

niño muy travieso y hablador, y Camilo aseguraba que tenían un carácter muy parecido. De siempre había sido su sobrino preferido. Seguramente, tendría que ir al pueblo a arreglar los asuntos legales del difunto.

Se despidió de su mujer y bajó a comer algo. A pesar de que le habían dado la tarde libre, prefirió quedarse a trabajar, en previsión de lo que pudiese pasar en los días sucesivos. Tendría que pedir unos días libres, y lo último que necesitaba era que se le acumulase el trabajo.

Se acercó a un restaurante de una conocida cadena donde, además, vendían prensa y regalos con la idea de tomar una comida ligera, pero al entrar se dio cuenta de que apenas tenía hambre. Notaba como un nudo en el estómago. Seguramente dejaría toda la comida en el plato. Compró un periódico, pagó y salió de nuevo del establecimiento. Cogería un sándwich y un refresco en la máquina y subiría a trabajar.

De vuelta a su despacho, conectó el ordenador y se puso a revisar lo que tenía previsto para la semana siguiente. Seleccionó lo más urgente y pasó la tarde haciendo llamadas y redactando recados. A pesar de que el trabajo lo mantenía con la mente ocupada, tenía una sensación extraña. Había estado toda la mañana pensando en el pueblo, la casona, su tío, y, de repente, aparecía muerto. Jaime era un hombre práctico, que no creía en presentimientos, premoniciones o como demonios quisiera llamarles la gente. Simplemente le parecían casualidades, pero no por ello dejaba de percibir una inquietud fuera de lo corriente en la boca del estómago.

Cuando llegó a su casa, un bonito adosado a las afueras de San Agustín de Guadalix, eran algo más de las seis y media. Napoleón salió a recibirlo meneando alegremente la cola. Jaime le acarició brevemente el lomo y recorrió el sendero hasta la puerta de entrada protegiendo la funda de su portátil de las cariñosas embestidas del perro. Cuando entró, escuchó ruido en su dormitorio y se dirigió allí. Elena ya estaba preparando la maleta. Llevaba su pelo castaño recogido en una coleta y vestía zapatillas deportivas y un chándal. Jaime se distrajo un momento de sus cavilaciones para admirar la atractiva figura de su mujer, pero, cuando ella empezó a hablar, sus pensamientos volvieron a su tío. Era martes y, puesto que en dos días sería Jueves Santo, no habría problema en marcharse la tarde siguiente y llegar a tiempo al entierro. Por lo que había contado la persona que llamó, sería necesaria una autopsia para determinar que efectivamente la causa de la muerte había sido un infarto.

—Será mejor que dejemos todo listo esta noche y mañana te recoja cuando salgas del trabajo —anunció Elena, siempre previsor. La previsión y su sentido de lo práctico eran algunas de las cualidades que Jaime más admiraba en su esposa—. Han llamado a eso de las dos. Al parecer, el cabo del cuartel de la Guardia Civil. Él es quien me ha dicho que debías ir por allí, puesto que tu tío había dejado instrucciones de que se te avisase en primer lugar si a él le sucedía algo.

—Bueno, no es raro que te haya llamado el cabo. Me parece que se llama Aurelio. Mi tío y él creo que eran ami-

gos. Seguramente, al vivir solo, mi tío le encargó algunas disposiciones. Confiaba mucho en él.

—No es solo una cuestión de confianza, cariño —respondió Elena—. Por lo que ese hombre me ha dicho, hay algo raro en la muerte de tu tío. Por el tono de su voz, me ha parecido asustado.

—¿No habrán sido figuraciones tuyas?

—No. No lo han sido. Ese hombre estaba asustado de verdad. He intentado que me diese detalles, pero ha insistido en que fuésemos lo antes posible y que nos contaría todo en persona.

—Entonces, nos vamos mañana. Voy a darme una ducha, recojo un poco la casa y preparo algo de cenar mientras tú acabas con las maletas.

—¡Qué morro tienes! —le dijo Elena con una sonrisa. Jaime era un buen cocinero. Disfrutaba mucho entre fogones. Le relajaba cocinar y ver cómo los demás disfrutaban de su cocina; en cambio, detestaba cosas como preparar equipajes o hacer listas de la compra—. A propósito: siento mucho lo de tu tío.

—Gracias cielo —respondió él con un beso.

Cuando entró en el cuarto de baño, ya sin americana ni corbata, abrió el grifo de la ducha para dar margen a que el agua comenzase a salir caliente y terminó de desnudarse. Cuando ya estaba a punto de entrar en la bañera, sintió un frío intenso a pesar de que en el baño hacía bastante calor y, cuando se puso bajo el chorro de agua caliente, rompió sin más a llorar. Pero, junto a la pena lógica por la muerte de un familiar, había un sentimiento

de profunda inquietud. Lo que le acababa de decir Elena ya no se le iba de la cabeza:

«Por lo que ese hombre me ha dicho, hay algo raro en la muerte de tu tío». *¿Qué* podía haber de raro en un infarto?

Ya no pudo dejar de pensar en ello durante toda la noche.

